

Ricky A. L. Knight

King of Clash  
EL MAGO DE LAS  
SOMBRAS



UNA HISTORIA NO OFICIAL

**KING OF CLASH**  
**El mago de las sombras**

**Planeta Junior**

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© 2017 de la edición original en italiano: deA Planeta Libri S.r.l.  
Redazione: via Inverigo, 2 – 20151, Milano

Título original: *King of Clash. Il mago delle ombre*  
© de la traducción: Manel Martí Viudes, 2018

Primera edición: abril de 2018  
ISBN: 978-84-08-18577-2  
Depósito legal: B. 5.111-2018  
Impreso en España – *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Primera parte

¿Despertarme? ¿Acaso estoy durmiendo? Yo no duermo, señor, a lo sumo sueño de vez en cuando.

Alexandre Dumas, *Los tres mosqueteros*



***Día 1***

Aquel domingo por la mañana, Ricky Knight aún no sabía que a muchos les parece una estúpida forma de comenzar el día surgir del interior de un viejo baúl de madera, plantarse en una Arena y dejarse atrapar a cachiporrazos por una gente extraña vestida de un modo absurdo.

Para él, la idea de un despertar feliz era mucho más banal, como abrir los ojos y sentir ya el aroma de las magdalenas de chocolate que la madre de George horneaba todos los domingos para desayunar. En vista de que para ambos el horario de vuelta a casa los sábados por la noche cuando salían era prácticamente carcelario, al menos habían conseguido permiso para quedarse a dormir uno en casa del otro, por lo general en la de George, tal como había sucedido la no-

che antes, después de que se comieran un bocadillo con todos los demás.

Es más, para ser sinceros, hasta aquel momento en la vida de Ricky había habido dos despertares felices que aún seguía recordando con todo detalle: en dos ocasiones, al mirar el móvil por la mañana, lo primero que había visto en WhatsApp era un mensaje de la noche anterior enviado por Beth Tawner. Si lo pensaba fríamente, en ninguna de las dos ocasiones había escrito nada que mereciera entusiasmarse demasiado (vale, sí, era posible que, en efecto, le hubiera dado demasiadas vueltas al asunto), pero en cualquier caso había bastado para que se pasara todo el día con una sonrisa bobalicona estampada en la cara, imaginando un millón de cosas que le gustaría hacer con Beth. Y es que ella era así, tal cual: veía dos mil episodios de su serie favorita, se pasaba horas dibujando, se quedaba hasta las tantas escuchando aquella música sin sentido que solo ella conocía y de vez en cuando le daba por responder los mensajes sin darse cuenta de que ya era de madrugada, y al día siguiente llegaba hecha polvo a la escuela y con ojeras (con el resultado de que él la miraba con más insistencia aún de lo habitual).

En fin, volviendo a aquel domingo por la mañana, al despertarse Ricky no encontró ni mag-

dalenas ni mensajes especiales en WhatsApp. Cuando rodó fuera del baúl como un saco de patatas, dándose de cabeza contra la pared, simplemente pensó que se había caído de la cama.

—George, por favor, ya vale con las bromas pesad... —refunfuñó todavía medio dormido.

Pero no llegó a terminar la frase, porque en la habitación totalmente sumida en la oscuridad (aún debía de ser de noche) flotaba el hedor más repugnante que pudiera imaginarse. A tientas, Ricky trató de comprobar que no hubiera terminado con la cara encima de los calcetines sucios de George, pero la tremenda pestilencia que lo rodeaba era peor que la que podía olerse en los vestuarios después de un partido de fútbol en pleno verano, peor incluso que cuando el gato de Michael Anderson trajo un ratón muerto a la habitación y fue tan amable de entregárselo directamente en la cama...

Aquella tarde George y él habían pasado temprano por casa de Michael para verlo antes de que volvieran sus padres a casa y se lo quitaran, y durante meses la foto de aquel ratón asqueroso fue la gran protagonista de su chat de colegas (al menos hasta que Ricky desactivó las notificaciones y prácticamente dejó de leer lo que escribían).

La cuestión era que el hedor de aquella ma-

ñana era más terrorífico que el ratón muerto y las zapatillas de fútbol juntos, una especie de mezcla de olores de zumo de manzana, tierra mojada y salchichas podridas...

—¡George! —gritó Ricky disgustado mientras trataba de ponerse en pie.

Y entonces los vio, y volvió a caerse de espaldas con un ruido metálico.

—Pero ¿qué...?

Ahora su voz ya no era de enfado, sino asustada y casi implorante:

—¡George! ¡Ven enseguida!

Frente a él, en la más completa oscuridad, refulgían los grandes ojos brillantes de un gato. Pero el felino en cuestión debía de estar más gordo y ser más peludo que el de Michael Anderson, porque cada una de sus pupilas venía a ser del tamaño de un puño de Ricky. Y, lo más importante, George nunca había tenido un gato.

¿Dónde estaba el interruptor?

Ricky se sentía extraño, torpe, con la cabeza espesa; estaba muerto de miedo y no sabía si era peor moverse para encender la luz y exponerse a las zarpas del enorme gato o permanecer inmóvil intentando mimetizarse, pero exponiéndose a un ataque por sorpresa, ya que, por lo que parecía, el *minino gigante* también había percibido su presencia.



¿Y George?

—¡Menudo amigo estás hecho! ¡Muy buena la broma! Me lo estoy pasando en grande, ¿sabes?!  
—volvió a gritar Ricky sin obtener respuesta.

¿Dónde se había metido? Seguramente estaría agazapado en la cama de encima, con una de sus aplicaciones especiales capaces de grabar en la oscuridad, registrándolo todo en un vídeo que haría troncharse de risa a todos sus compañeros.

Incapaz de mover un solo músculo, Ricky decidió que quedarse allí inmóvil y temblando como una hoja no era tan mala idea después de todo, y trató de sostenerle la mirada al minino maléfico con todo el valor que pudo reunir durante un tiempo que le pareció infinito.

De pronto, un golpe de viento abrió la puerta y entró un haz de luz.

«Vale, no es una broma de George», pensó Ricky, «tiene que tratarse de una pesadilla, y eso quiere decir que aún estoy soñando».

No era noche cerrada, sino una bonita mañana soleada, y estaba claro que el lugar donde se encontraba no era la habitación de su mejor amigo, George Thompson, en la casa de Copley Street que Ricky conocía y frecuentaba casi todos los días desde que tenían ocho años y se vieron por primera vez en el pupitre que compartían.

No. Ricky estaba sentado en el suelo de tierra batida de una especie de cabaña redonda con techo de paja. Frente a él no había un gato obeso, sino un gran dragón verde con una boca enorme y babosa que no dejaba de observarlo. «Por suerte solo es un sueño. Ahora me pellizcaré y no sentiré nada», se dijo Ricky con la espalda cada vez más pegada a la pared de la cabaña (porque en esta vida nunca se sabe).

Pero cuando intentó pellizcarse, antes incluso de decir «¡Ay!», bajó por primera vez la vista hasta sus brazos y en ese momento sí que empezó a estar mal de verdad.

No tenía la menor duda de que la noche anterior se había ido a dormir vestido con la camiseta de Messi y unos *boxers* azules con una franja gris a los lados. ¿Qué demonios estaba haciendo ahora en aquel tugurio apestoso con una especie de vestimenta de metal plateado encima? Si era una pesadilla, no cabía duda de que la hamburguesa que se habían comido la noche anterior debía de llevar algo extraño, o puede que solo fuese la mera compañía de sus compañeros de clase, que de un tiempo a esta parte le resultaba más indigesta que las patatas fritas con triple de ketchup. Pero ¿cómo podía ser una pesadilla si el pellizco le había dolido de verdad y todo parecía tan desquiciadamente real?

El animalejo seguía sin quitarle el ojo de encima, mientras él se tocaba el pelo y descubría que la sensación de pesadez en la cabeza que había tenido al despertarse provenía de un ridículo sombrero, parecido al casco de los soldados romanos. Trató de quitárselo con las dos manos, pero no pudo, y además notó que aquella especie de gorro metálico estaba coronado por un penacho largo y erguido. Vale, era consciente de que en aquel momento debería ocuparse de otras prioridades, por ejemplo decidir cómo resolver el problema de la bestia babosa, pero no pudo por menos que dedicar algún esfuerzo (inútil, desde luego) a arrancarse el penacho, como mínimo.

En la cabaña el hedor era cada vez más insopportable, y cuando la fiera empezó a moverse Ricky se sintió aliviado al pensar que en un par de segundos lo devoraría y podría despertarse. Pero el dragón, en lugar de abalanzarse sobre él, se puso a caminar con paso más bien torpe, dejando a la vista dos minúsculas alas situadas en la grupa y una larga cola en continuo movimiento. Mientras Ricky trataba de permanecer lo más quieto posible, de pronto la bestia puso unos ojos como platos y abrió su boca desdentada componiendo una mueca demencial que podría parecerse a una sonrisa, y a continuación pareció como si se concentrara intensamente, arrugando

la frente con un enorme esfuerzo y abriendo y cerrando la mandíbula sin parar.

Ricky entrecerró los ojos, no le entusiasmaba asistir al momento en que iba a ser devorado. Se preparó para recibir el aliento apestoso de la criatura y a terminar al fin entre sus dientotes, esperando no sufrir demasiado, pero lo único que sintió fue una voz espantosa y sobreaguda que, con gran esfuerzo y después de varios intentos, logró exhalar un «¡HOLA! Me llamo Escama», confirmando a Ricky sus peores presagios sobre el aliento de la bestia.

Y fue justo entonces cuando, con un elegante salto y un pequeño ruido amortiguado al pisar el suelo de tierra batida, aterrizó en la cabaña la persona a quien menos esperaba encontrarse en una situación como aquella.